

SAN PADRE PÍO DE PIETRELCINA, ITALIA

PENSAMIENTOS Y ENSEÑANZAS

NACIMIENTO	25 de mayo de 1887 en Pietrelcina
BAUTISMO	26 de mayo de 1887
CONFIRMACIÓN	27 de septiembre de 1899
INVESTIDURA	1903 Adoptó el nombre de Fra' Pío
ORDENACIÓN	1910 Benevento
ESTIGMA TEMPORARIO	7 de septiembre de 1910. El estigma apareció y desapareció en semanas alternativas hasta 1918.
TRANSVERBERACIÓN	del corazón, causando heridas visibles al costado, 5 de agosto de 1918.
ESTIGMA	20 de septiembre de 1918. Aparecieron heridas visibles convirtiéndolo en el primer sacerdote estigmatizado en la historia de la Iglesia. Pasó toda su vida rezando y sufriendo por las almas de todo el mundo hasta su sagrada muerte.
FALLECIMIENTO	23 de septiembre de 1968 a las 2:30 a.m. El Padre Pío dejó este mundo. Murió en la humilde serenidad de su celda y sus últimas palabras fueron: "Gesú e Maria" (Jesús y María).
NOVIEMBRE DE 1969	Catorce meses después de su muerte, el Obispo de Manfredonia inició la etapa preliminar de la Causa para Beatificación.
29 NOVIEMBRE DE 1982	El Papa Juan Pablo II aprueba el decreto para la apertura del Procedimiento Canónico Informativo sobre la vida y las virtudes del Sirviente de Dios, Padre Pío de Pietrelcina.
20 DE MARZO DE 1983	Apertura del Procedimiento Canónico Informativo.

INTRODUCCIÓN

Este folleto fue escrito en respuesta a los miles de pedidos efectuados por personas de todo el mundo, que deseaban obtener más información sobre el Padre Pío, sus pensamientos y enseñanzas. En respuesta, los Frailes Capuchinos de San Giovanni Rotondo han compilado estas incalculables joyas de sabiduría obtenidas de las cartas del Padre Pío.

En Italia, miles de personas llegaban diariamente para golpear la puerta del alejado y pequeño monasterio del monje capuchino, ya que "hacía milagros". No fue hasta la Segunda Guerra Mundial cuando las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos establecieron una base aérea en Foggia, a 25 millas del Monasterio Capuchino en San Giovanni Rotondo, que los norteamericanos comenzaron a mostrar un mayor interés. Con la frecuencia que podían, los militares norteamericanos viajaban hasta la iglesia del monasterio para escuchar la Misa o simplemente para presenciar los hermosos movimientos del alabado monje, cuyo cuerpo para entonces, presentaba cinco heridas visibles que sangraban, las

cuales correspondían con las del cuerpo de nuestro crucificado Salvador.

No hay tiempo mejor empleado que el que se invierte en santificar el alma del prójimo.

El tiempo transcurrido en glorificar a Dios y en cuidar la salud del alma, no será nunca tiempo perdido.

¡Qué hermoso es el rostro de nuestro dulcísimo Jesús! ¡Qué dulce sus ojos! ¡Qué felicidad estar cerca de Él en el monte de su gloria!

Allá deben tender nuestros anhelos, nuestros deseos, no hacia las criaturas en las que, o no hay belleza o, si la hay, les viene de arriba.

No te preocupes de cosas que te perturban o inquietan. Una sola cosa es necesaria: consolar tu espíritu y amar a Dios.

DIOS – CARIDAD – AMOR – GRACIA – PROVIDENCIA

La clave de la perfección es el amor. Quien vive de amor, vive en Dios, pues Dios es amor, como dice el Apóstol.

No amar es como herir a Dios en la pupila de su ojo.

¿Hay algo más delicado que la pupila?

Carecer de caridad es como faltar contra la naturaleza.

El que carece de amor hiere a Dios en lo más delicado de su Ser.

El amor que no se basa en la verdad y la justicia, no es amor.

La bondad Divina no sólo no rechaza a los arrepentidos, sino que busca incluso a los obstinados.

El corazón de Nuestro Divino Maestro no conoce otra ley que la de su dulzura, de la humildad y del amor...

Confiad en la Divina Providencia. Estad seguros de que antes pasarán, creedme, el cielo y la tierra, que os falte la protección del Señor.

La caridad es la reina de las virtudes. Como las perlas de un collar están engarzadas por un hilo, así las demás virtudes por la caridad. Si se rompe el hilo, las perlas se dispersan; lo mismo le sucede a las virtudes, si falta la caridad.

La beneficencia, de cualquier parte que provenga, siempre es hija de la misma madre: de la Providencia.

¿Somos capaces de un solo deseo santo sin la gracia? No, ciertamente. Nos lo enseña la fe.

Si un alma no tuviera más que anhelos de amar a Dios, podría estar satisfecha, pues Dios está donde se le desea, donde se le anhela.

Sé que nadie puede amar dignamente a Dios, pero cuando alguien se esfuerza al máximo y confía en la Divina Misericordia, ¿por qué va a rechazarlo el Señor? ¿No nos ha mandado Él amar a Dios como mejor podamos? Si le habéis entregado y consagrado todo a Dios, ¿por qué temer? ¿Tal vez por no poder amarlo más? ¡Jesús no pide cosas imposibles! Por otra parte, decidle al Buen Dios que supla Él lo que os falta y sin duda lo complaceréis. Decid a Jesús: ¿quieres que te amemos más intensamente? No podemos más. ¡Dadnos más amor y te amaremos! No dudéis, Jesús aceptará vuestra propuesta, tranquilizaos.

Andas excesivamente preocupado en la búsqueda del Sumo Bien: verdaderamente lo tienes dentro de ti y te tiene extendido en la desnuda Cruz, alentándote, para que puedas resistir el inaguantable martirio e, incluso, para que ames amargamente el amor.

Todas las desgracias son hijas de la culpa. El hombre traicionó a Dios... pero la misericordia de Dios es grande... un solo acto de amor a Dios tiene tanto valor ante sus ojos, que de muy buena gana lo recompensaría con el don de la creación.

El amor no es más que una chispa de Dios en los hombres... la esencia misma de Dios personificada en el Espíritu Santo... Nosotros, pobres mortales, deberíamos entregarnos a Dios con toda la capacidad de nuestro amor... Nuestro amor, para ser digno de Dios, tendría que ser infinito, pero sólo Dios es infinito...

No obstante, tenemos que amar con todas nuestras energías; así, un día, el Señor podrá decirnos: Tuve sed y me diste de beber; hambre y me diste de comer, sufría y tú me consolaste...

Dios puede rechazar absolutamente todo de una criatura concebida en pecado y marcada con la huella imborrable de la herencia de Adán, pero nunca rechazará el deseo sincero de amarlo.

La humildad y la caridad son compañeras inseparables. La una glorifica, la otra santifica.

La humildad y la caridad son las piedras maestras, todas las demás virtudes dependen de ellas: la una es la más alta, la otra la más baja. La duración de un edificio depende de sus cimientos y de su tejado. Si practicamos la humildad y la caridad, no se nos hará cuesta arriba el ejercicio de las demás virtudes. Estas son las madres de todas las virtudes. Estas siguen a aquellas como los pollitos a sus madres.

Repítele continuamente también tú al dulcísimo Jesús: quiero vivir muriendo para que de la muerte surja la vida que ya no muere, y la vida resucite a los muertos.

Si Dios te reserva los sufrimientos de su Hijo y quiere hacerte experimentar tu debilidad, humíllate ante Él y no te desanimes. Dirígete a Él, incluso cuando caigas por debilidad, con plegarias de resignación y de esperanza. Agradécele los beneficios con que te enriquece.

Besa con afecto y frecuentemente a Jesús, así repararás el sacrílego beso de Judas, el apóstol traidor.

Tratad de progresar constantemente en la caridad. Ensanchad vuestro corazón confiadamente ante los carismas divinos que el Espíritu Santo quiera volcar en él...

Si queremos cosechar, no es tan necesario sembrar mucho como sembrar en tierra buena y, cuando esta semilla crezca y sea planta, debemos tener cuidado para que no la sofoque la cizaña.

¿Es que no has amado desde hace tiempo al Señor? ¿Es que no lo amas todavía? ¿Es que no deseas amarlo eternamente?

No te asuste, pues.

Aunque hayas cometido todos los pecados del mundo, Jesús te repite: se te perdonarán muchos pecados porque has amado mucho.

Sufres, es verdad, pero resignadamente, y no temas, pues Dios está contigo. Tú no lo ofendes, lo amas. Sufres, pero convéncete que también Jesús sufre contigo y por ti.

Jesús, cuando tú huías, no te abandonó. Menos aún te abandonará ahora que deseas amarlo.

La humildad y la pureza de vida son alas que nos elevan a Dios, casi nos divinizan.

Acuérdate: está más cerca de Dios el malhechor que se avergüenza de sus fechorías, que el hombre honesto que se avergüenza de hacer el bien.

Sé siempre prudente y ama.

La prudencia tiene ojos, el amor piernas.

El amor, al tener piernas, quisiera correr hacia Dios, pero la fuerza que lo empuja hacia Él es ciega, podría tropezar a menudo si no lo guiara la prudencia que tiene ojos.

Viendo la prudencia que el amor necesita ser guiado, ella le presta los ojos.

De esta manera el amor se contiene y, guiado por la prudencia, obra como debe y no a su antojo.

He preferido, dice el profeta, ser abyecto en la casa de Dios antes que habitar en las mansiones de los pecadores.

La charlatanería nunca está limpia de pecado.

Hay que saber confiar: existe un temor de Dios y un temor de Judas.

El excesivo temor nos hace obrar sin amor. La excesiva confianza nos ciega ante el peligro que tenemos que superar. Ni uno ni otra. Los dos juntos como hermanos.

Es necesario que sea así. Si caemos en la cuenta de que tememos excesivamente, recurramos a la confianza. Si confiamos también demasiado, recurramos al temor, pues el amor tiende hacia el objeto amado, pero cuando va hacia él, va ciego y necesita de la luz del temor.

Nadie es juez en causa propia.

¡La esperanza en su inagotable misericordia nos sostenga en la conjura de pasiones y adversidades! Acerquémonos confiados al tribunal de la penitencia donde Él, como Padre, nos espera siempre. Consciente de nuestra insolvencia, no dudemos del perdón que solemnemente se nos otorga. Pongamos sobre nuestros pecados una lápida, como la ha puesto el Señor.

Las puertas del Paraíso están abiertas para todos. Acuérdate de María de Magdala.

La misericordia del Señor, hijo mío, supera infinitamente tu malicia.

Falsa es la religión de quien dice amar a Dios y no controla su lengua.

Dios no realiza milagros donde no hay fe.

Despertemos, pues la dejadez lo destruye todo, realmente destruye todo.

Debemos, ciertamente, amar la soledad, pero amemos al prójimo.

Servimos a Dios solamente cuando lo servimos como quiere ser servido.

Nuestro anhelo: amar a Dios. Contento Él, todos felices.

¡El gozo del Divino Espíritu inunde vuestros corazones y el de todos aquellos que quieren ser fieles a su gracia!

Estad tranquilas, pues el amor habita en vuestros corazones. Si anheláis todavía más amor, hasta llegar a poseer el amor perfecto, esto significa que no podemos pararnos en el camino del amor y de la perfección. Bien sabéis que el amor perfecto lo tendréis poseyendo el Objeto de este amor; ¿a qué, entonces, tantas preocupaciones y desalientos inútiles? Llenas de confianza, suspirad confiadamente y no temáis.

LA CRUZ.

Jesús llene vuestro corazón de su divino amor. Os transforme en Él.

Anímate también tú con este pensamiento: tus penas, espirituales y físicas, son pruebas que te envía el Señor.

Las almas que aman a Jesús deben tratar de asemejarse a su eterno y divino modelo. Jesús llegó a sentirse solo. En su humanidad quiso experimentar la incomprensible pena de sentirse abandonado hasta de su Padre Celestial.

A veces el Señor permite que experimentes el peso de la Cruz.

El peso te parece intolerable, pero lo sobrellevas, porque el Señor, por amor y misericordia, te ayuda con su fuerza. No te aplaste la Cruz. Si su peso te hace tambalear, su potencia te sostiene.

Subamos al Calvario con la Cruz a cuestas. No dudemos. Nuestra ascensión terminará con la visión celeste del dulcísimo Salvador.

Si Jesús se manifiesta, agrádecécelo. Si se esconde,

agradéceselo también. Son juegos de amor. ¡Que la Virgen, clemente y piadosa, continúe obteniéndolos, de la inefable bondad del Señor, fuerza para afrontar hasta el final las pruebas de amor que os sobrevengan!

Mi deseo es que lleguéis a expirar en la Cruz con Jesús y con Él podáis dulcemente exclamar: “¡Consummatum est!” (Todo está cumplido).

La vida es un calvario. Conviene subirlo alegremente.

Las cruces son regalos del Esposo. Soy celoso. Mis sufrimientos son agradables. Sólo sufro cuando no sufro.

¡Ánimo! No esperéis llegar al Tabor para contemplar a Dios. Ya lo veis y contempláis en el Sinaí.

La Cruz es la bandera de los elegidos. No nos separemos de ella y cantaremos victoria en toda batalla.

Apóyate, como la Virgen, en la Cruz de Cristo, y hallarás alivio.

María sufrió atrocemente ante su Hijo Crucificado; sin embargo, no puedes decir que Ella se hallase abandonada. Más aún, jamás había amado tanto a su Hijo como entonces que ni siquiera podía llorar.

En la vida, cada uno tiene su cruz. Tenemos que conseguir ser el buen ladrón, no el malo.

Cuanto más dura sea la prueba que Dios envía a sus elegidos, tanto más abundantemente los conforta durante la opresión y los exalta después de la lucha.

Los fuertes y los generosos no se quejan si no es por graves motivos, e incluso en ese caso, éstos no llegan a inquietar su interior.

El Corazón bueno es siempre fuerte, sufre, no llora y se consuela sacrificándose por Dios y por el prójimo.

Nos anime el pensar que después de subir al Calvario, ascenderemos todavía más arriba sin esfuerzo, hasta el monte santo de Dios.

No temáis, Jesús es más poderoso que el infierno. Al solo recuerdo de su nombre, todos, en el cielo y la tierra, caen de rodillas ante Jesús, consuelo de los buenos y terror de los impíos.

El Señor, por Su piedad, añade a otras pruebas la de los miedos y temores espirituales, hechos de desolación y tinieblas, pero dichas tinieblas son luz en el cielo de nuestras almas.

De hecho, cuando la zarza arde, en su derredor se forma una aureola. El espíritu desconcertado, teme no ver, no comprende absolutamente nada.

Es entonces cuando se presenta Dios y habla al alma que oye, entiende, ama y tiembla...

“No esperéis llegar al Tabor para contemplar a Dios, ya lo habéis contemplado en el Sinaí”.

El que comienza a amar ha de estar preparado a sufrir.

Acaricia y besa dulcemente la mano de Dios que te castiga. Es siempre la mano de un Padre que te pega porque te quiere.

Para consolar al afligido, no hay como recordarle el bien que todavía puede realizar.

Cuando os sobrevenga alguna prueba, física o moral, el mejor remedio es pensar en Aquél que es nuestra vida. Jamás pensar en la prueba sin pensar contemporáneamente en el Otro.

Es necesario que os familiaricéis con los sufrimientos que Jesús os envíe, debéis vivir siempre con ellos.

Comportándoos de esta manera, cuando menos lo esperéis, Jesús, que sufre viéndoos afligidos largo tiempo, os reconfortará e infundirá nuevo valor en vuestro espíritu.

La vida del cristiano no es más que una lucha continua contra sí mismo. No se consigue la felicidad sino por medio del dolor.

Se hace día y el alma se recrea al sol.

Se hace noche y vienen las tinieblas. Se pierde la memoria. El Señor, para lograr un obscurecimiento total, nos hace olvidar hasta las consolaciones recibidas. ¡Calma! Y convéncete de que estas tinieblas y tentaciones no son un castigo por tu iniquidad; no eres ni una impía ni una obstinada maliciosa, eres una entre las elegidas, probada como el oro al fuego. Esta es la verdad; si dijese otra cosa, mentiría. No hallo en tu alma pecado alguno que justifique tus temores, por tanto tus ansiedades e inquietudes son simplemente una cruz. ¿Qué son, hija mía, los anhelos que sientes incesantemente de Dios? El resultado del amor que atrae y empuja. ¿Huye el amor? Para amar y agudizar el amor. Bien sabes, hija mía, que María sufrió atrocemente ante su Hijo Crucificado, sin embargo, no puedes decir que se hallase abandonada. Más aún, ¡jamás había amado tanto a su Hijo como entonces que ni siquiera podía llorar! Consuélate... defiéndete como mejor puedas y, si no lo logras, resígnate y no temas ante la noche que cae... mientras tanto haz lo que dice David: Elevad en la noche vuestras manos hacia el santuario y bendicid al Señor. Sí, bendigamos de todo corazón al Señor, bendigámoslo sin cesar y pidámosle que sea nuestro guía, nuestra nave, nuestro puerto.

Las pruebas que os envía y os enviará el Señor son signos palpables del aprecio divino y joyas del alma. Pasará hijas mías, el invierno y llegará una interminable primavera cuyas bellezas superarán en mucho las duras tempestades.

EL DEMONIO

Las tentaciones, los desalientos, las inquietudes, son mercancía del enemigo.

Acordaos de esto: si el maligno continúa molestando, señal de que todavía no se halla dentro, está todavía fuera. Lo que debe aterrorizarnos es su paz y concordia.

El diablo es como un perro rabioso encadenado. Más allá del radio que le permite la cadena, no puede morder a nadie.

Mantente lejos de él. Si te acercas demasiado, te morderá.

Recuerda que el diablo tiene una sola puerta para penetrar en nuestro interior: la voluntad. No hay otras puertas secretas o escondidas.

No hay pecado si no ha habido voluntad de cometerlo.

Pertrechémonos de prudencia y de Espíritu Santo, pues el demonio se halla agazapado en el interior de los estúpidos.

Lo que proviene de Satanás comienza con bonanza, pero termina tempestuosamente, con la indiferencia y la apatía.

LAS TENTACIONES

Tus tentaciones provienen del demonio, del infierno; tus penas y aflicciones, de Dios, el Paraíso. Las madres son de Babilonia, las hijas de Jerusalén.

Desdeña las tentaciones y abraza las tribulaciones.

No, hijo mío, deja que el viento sople y no creas que el ruido de las hojas es el tronar de las armas.

Si lográis vencer las tentaciones, éstas tienen el mismo efecto en vuestra alma que la lejía en la ropa sucia. Aborreced las tentaciones y no os entretengáis en ellas.

Imaginaos a Jesús Crucificado en vuestros brazos y sobre vuestro pecho; besando varias veces Su costado, decid: Tú eres mi esperanza, la fuente viva de mi felicidad.

Abrazado a Ti, ¡Oh Jesús mío!, no te dejaré hasta que no me hayas librado.

Caminad entre vientos y mareas, pero con Jesús. Si teméis por el arreciarse de la tempestad, gritad con

S. Pedro: ¡Señor, sálvame!

Os dará su mano, acogeos a ella con fuerza y caminad alegremente. Vengan cataclismos. Se sumerja el mundo en tinieblas, humos y estrépitos... Dios está con vosotros.

Pero si Dios habita en las tinieblas y en el Sinaí, entre relámpagos y truenos, ¿no estaremos contentos cerca de Él?

Si llegáramos a saber los méritos que obtenemos por las tentaciones sufridas con paciencia y vencidas, casi exclamaríamos: ¡Señor, envíanos tentaciones!

Os suplico, hijas mías, por el amor de Dios, en vez de temer al Señor, pues Él no desea haceros mal alguno, amadlo sobremanera, pues Él os desea todo bien. Caminad con alegre seguridad y no consideréis vuestros males como crueles tentaciones. ¿Qué más puedo yo hacer para frenar vuestras angustias? Inútil es toda vuestra preocupación para sanarlas, al contrario, las fomentáis más todavía. No os esforcéis en vencerlas. Este esfuerzo las fortifica. Rechazadlas y no os entretengáis en ellas.

Acordaos, hijas mías, que soy tan enemigo de los deseos inútiles como de los deseos peligrosos y malos, pues, aunque sea bueno lo que se desea, nuestros anhelos son siempre defectuosos, especialmente si animados de excesiva solicitud, pues Dios no nos exige este género de bienes, sino otros en los que quiere nos ejercitemos. Quiere hablarnos, como a Moisés, entre espinas, desde la zarza, entre nubes y relámpagos. No deseemos que Dios nos hable entre suaves y frescas brisas, como habló a Elías. ¿Qué teméis, hijos míos? Escuchad lo que el Señor dijo a Abraham y en él a vosotros: No temáis, soy vuestro protector. ¿No buscáis a Dios? Lo poseéis, no miento. Sed constantes en vuestros propósitos, permaneced en la nave en que os ha embarcado y vengan tempestades. Jesús está con vosotros, no pereceréis. El dormirá, pero en el momento de peligro se despertará y os calmará.

Se deben al demonio las perplejidades del espíritu que experimentáis. Dios las permite no porque os odie, sino porque os ama.

Es una tentación, desechadla, pensar que es imposible amar sinceramente al Señor, después de haberlo ofendido. Es una insinuación del maligno.

San Pedro, Apóstol del Señor, de quien recibió la potestad sobre los doce Apóstoles. ¿No negó a su Maestro? ¿No se arrepintió y amó al Salvador y la Iglesia lo venera como santo?

LA LUCHA

Sed constantes, permaneced en la nave en que os ha embarcado y vengan tempestades. Jesús está con vosotros, no pereceréis.

El miedo es peor que el mal mismo. Hay que ser valientes para ser grandes: es nuestro deber. La vida es una lucha que no podemos abandonar, pero hay que vencer.

El alma es un campo de batalla, donde Dios y Satanás no cesan de luchar. Es necesario abrir al Señor las puertas de nuestra alma de par en par, entregársela totalmente, fortificarla con toda clase de armamento, iluminarla con su Luz para combatir las tinieblas del error, revestirla de Jesús, con su verdad y justicia, con el escudo de la fe, con la Palabra de Dios, sólo así triunfaremos sobre el enemigo. Para revestirse de Jesús es necesario despojarse de sí mismos.

No nos tiene que asustar la lucha con el enemigo. Cuanto más íntimamente unidos estamos a Dios, más se amilana nuestro adversario. Ánimo, por tanto.

LA CULPA

“Caminad con sencillez por el sendero del Señor y no atormentéis vuestro espíritu.

Aprended a odiar vuestros defectos pero siempre con serenidad. Y si el demonio todavía ronda rabioso en derredor vuestro, alegraos, es muy buena señal. Lo que horroriza es su paz, su concordia con el alma humana”.

No hay culpa sino en lo que el alma quiere, o bien, no habiéndolo querido, lo aprueba o no se esfuerza por alejarlo de sí.

Acaba de una vez con estas inútiles aprensiones. Acuérdate de que no es el sentimiento lo que constituye la culpa, sino tu consentimiento. Sólo la voluntad libre es capaz de bien o de mal. Cuando la voluntad gime bajo la opresión del tentador, pero no se doblega a sus sugerencias, no sólo no hay culpa, sino que hay virtud.

Recuerda que Dios puede rechazar todo lo que proviene de nuestro ser contaminado, pero no puede rechazar (sin rechazarse a sí mismo, lo que sería una monstruosidad) el deseo sincero de quien quiere amarlo y abjura, por tanto, del mal.

Conclusión. Vive tranquilo. No te dejes engañar por el enemigo.

No ofendemos a Dios más que cuando, conociendo la maldad de una acción, la realizamos con deliberada y plena voluntad.

Dudar es el peor insulto que podemos hacer a la Divinidad.

LA CONFESIÓN

Ni con el pensamiento ni en la confesión hay que recordar las culpas ya manifestadas en anteriores confesiones. Por nuestra contrición, Jesús las perdonó en el Tribunal de la penitencia.

Allí, con nuestras miserias, nos encontramos con Él como deudores ante su acreedor. Con misericordia infinita rasgó, rompió letras firmadas con nuestro pecado, que no hubiéramos podido pagar jamás sin el socorro de su clemencia divina. Volver a acusar aquellas faltas, quererlas recordar, para obtener de nuevo el perdón, solamente por la duda de si las habrá perdonado real y totalmente, ¿no es acaso dudar de la bondad divina, manifestada tan plenamente por Cristo, rompiendo todo documento de nuestra deuda, contraída pecando...?

Al máximo, si esto os conforta, recordad las ofensas hechas a la justicia, a la sabiduría, a la infinita misericordia de Dios, pero sólo para llorarlas con arrepentimiento y amor.

...después, con fe sencilla, con el mismo amor ardiente con que Él cerca y persigue nuestras almas, humillemos a sus pies nuestra frente impura.

Es pecado la mentira, no la verdad. No debemos abstenernos, para evitar escándalos farisaicos, de obrar el bien.

Somos buenos, cuando estamos con los buenos, cuando estamos con los malos, malos. Esto es jugar al escondite. Es comportarse como niños que, ante extraños, abusan de los dulces, seguros de que, entonces sus papás no se atreverán a reprochar su proceder.

Quien comete sacrilegio, firma su propia condena. Sólo puede salvarse por gracia especialísima, obtenida por almas muy unidas a Dios.

La mentira es hija del demonio. El simple hecho de sufrir la tentación de pensamientos impuros, no es pecado. Rechazándolos se practica la virtud.

LA ORACIÓN

Las gracias y los gozos de la oración no son aguas de la tierra, sino del cielo. Todos nuestros esfuerzos no son suficientes para hacerlas caer, pero es igualmente necesario prepararnos con la mayor diligencia, serena y humildemente. Hay que tener el corazón constantemente abierto en espera del rocío celestial.

No olvides este consejo en la oración, pues te acercará a Dios y te ayudará a mantenerte en su presencia.

Cuando os distraigáis en la oración, no aumentéis la distracción entreteniéndoos en averiguar el porqué y el cómo. Haced como el caminante extraviado, que, apenas se da cuenta de haberse equivocado de camino, inmediatamente busca el justo. Así vosotros, continuad vuestra oración sin entreteneros en las distracciones.

Cuando notéis que aumenta el peso de la Cruz, insistid en la oración, para que Dios os consuele. Comportándoos de esa manera no obráis en absoluto contra la voluntad de Dios, sino que acompañáis, para obtener alivio, a su mismo Hijo, que también oró a su Padre en el Huerto.

Si Dios no os alivia, estad preparados para someteros a su voluntad divina, lo mismo que Cristo.

El sagrado don de la oración está en la mano derecha del Salvador. A medida que te vacíes de ti mismo, del aprecio a tu cuerpo y a tu voluntad, y te vayas radicando con la santa humildad, el Señor irá llenando tu corazón con el don de la oración.

Las plegarias de los Santos en el Cielo y de los justos en la tierra, son cual perfume de duración eterna.

“La oración debe ser insistente, pues la insistencia denota fe”.

Reza. Espera. No te impacientes. La intranquilidad no te favorece en absoluto. Dios es misericordioso. Escuchará tu plegaria. “Toda oración es preciosa, si se hace con recta intención y buena voluntad”.

“Hay que progresar, jamás retroceder en la vida espiritual. Si no, nos acaece como a la nave que, en vez de adelantar, se para. El viento se encargará de hacerla retroceder”.

La oración es nuestra mejor arma. Es la llave del corazón de Dios. Tienes que hablarle a Jesús, también con los labios, pero sobre todo con el corazón. Más aún, hay momentos en que solamente tienes que hablarle con el corazón.

LA MEDITACIÓN

Ten paciencia y persevera en el santo ejercicio de la meditación. Conténtate de comenzarlo poco a poco hasta que tus piernas te consientan correr, mejor todavía, tus alas, volar. Date por satisfecho obedeciendo. Esto no es poco ni fácil para un alma consagrada a Dios.

Conténtate, por ahora, de ser una abeja recién nacida. Pronto crecerás y serás abeja adulta y producirás miel. Cuando andes mal de tiempo, es mejor la meditación que la oración, pues es más fructuosa.

Quien no medita, es como el que no se mira nunca al espejo. No le importa salir desaliñado, pues, aún sin saberlo, puede haberse ensuciado.

El que medita, dirige sus pensamientos a Dios, espejo de su alma. Trata de conocer sus defectos. Hace lo posible por corregirlos. Frena sus impulsos. Ordena su conciencia.

¿Por qué os afligís si no llegáis a meditar tal y como quisierais? La meditación no es un medio para elevarse hacia Dios, sino un fin. Tiende a amar a Dios y al prójimo. Amad a Dios con toda vuestra alma y sin reservas.

Amad al prójimo como a vosotros mismos y habréis conseguido el fin principal de la oración.

Por favor os lo pido, no estropeéis la obra de Dios en vosotros. Cuando notéis que vuestra alma siente deseos irresistibles de contemplar a Dios o en sí mismo, o en sus atributos, dadle libertad y no pretendáis ascender hasta Él con razonamientos y más razonamientos, primera parte de la meditación, antes bien procurad acceder afectivamente a Dios, segunda parte de la meditación, y, osaría decir, la definitiva.

La primera parte os sirva para la segunda, pero cuando el buen Dios os sitúa ya en la segunda, no queráis retroceder, lo estropearías todo.

“Es para conmoverse de agradecimiento ante el sublime misterio que atrae al Corazón de Jesús hacia su criatura. Se ha dignado encarnarse, vivir con nosotros nuestra mísera vida. Esforcémonos en considerar dignamente su tenaz entusiasmo y la dureza de su apostolado, en recordar lo horroroso de su Pasión, de su Martirio, en adorar su Sangre, realmente ofrecida, hasta la última gota, para redimir el género humano”.

Aunque no logréis hacer una meditación perfecta, no desistáis por ello. Si las distracciones se multiplican, no os desaniméis. Ejercitaos en la paciencia, os enriquecéis lo mismo.

Determinad cuánto durará la meditación y no capituléis antes de tiempo, incluso a costa de grandes sacrificios.

En los libros se busca a Dios. En la meditación se le encuentra.

EN LAS MANOS DE DIOS NUESTRA SANTIFICACIÓN

El anhelo de llegar a la paz eterna es bueno y santo, pero hay que moderarlo con la sumisión a los designios divinos. Mejor es hacer en la tierra la voluntad divina, que gozar del Paraíso.

Sufrir y no morir, era el lema de Santa Teresa. Dulce es el Purgatorio, pues en él se sufre por amor a Dios. Incluso el destierro es bonito, anhelando el Paraíso.

¿Os acongojáis si Jesús, para conducirnos a la patria celestial, os hace caminar a campo traviesa o por desiertos, cuando unos y otros conseguiréis igualmente la felicidad eterna?

Desechad toda preocupación excesiva que provenga de las penas con que Dios quiere probaros. Si esto no os fuese posible, alejad la idea y vivid sometidos en todo al querer divino.

No os entreguéis de tal manera a la actividad de Marta que lleguéis a olvidar el silencio y la entrega de María.

La Virgen, que tan bien encarna a una y a otra, os sirva de suave modelo y os inspire.

HACIA DIOS

En la vida espiritual, cuanto más se corre, menos se nota el cansancio. Más aún, la paz, preludio del gozo eterno, nos inundará, seremos verdaderamente dichosos y fuertes, a medida que, esforzándonos constantemente, dejemos vivir a Cristo en nosotros, despojándonos de nosotros mismos.

Cumplamos lo de David: Elevad en la noche las manos hacia el santuario y bendecid al Señor.

Sí, hijos míos, bendigámosle continuamente. ¡Que Él sea nuestro guía, nuestra nave, nuestro puerto!

Trabajad algo, siempre...

En el libro de la Sabiduría se exalta por su trabajo a la mujer valerosa: sus dedos, dice, manejan el huso.

La rueca es el cúmulo de vuestros deseos: hilad, pues, un poco cada día, tramad hilo a hilo vuestros designios, hasta que se realicen y volved infaliblemente a comenzar.

Tened cuidado, no os precipitéis, pues enredaríais el hilo. Se enmarañaría así vuestra rueca.

Caminad, portanto, sin cesar. Avanzad lentamente. Llegaréis a feliz término.

¡Siempre adelante! En la vida espiritual, cuando no se adelanta, se retrocede.

Nos sucede como a la nave. Debe caminar siempre. Si se para, los vientos la hacen retroceder.

“Toda maquinación humana, de cualquier

parte que provenga, tiene su lado positivo y su lado negativo, hay que saber asimilarla, aceptar lo bueno y ofrecérselo a Dios, y eliminar lo malo”.

Comulgad diariamente. Desechad las dudas no razonables y obedeced ciega y alegremente. Confíad, no temáis el futuro. La tabla de salvación y el arma Divina para poder cantar victoria, es la sumisión plena a quien os guía en las tinieblas, las perplejidades y las batallas de la vida.

¡Oh Señor, suple mis miserias! ¡Dios mío, Dios mío, perdóname!

No te he ofrecido jamás nada y ahora, a poco que sufro, por la nimiedad de mis sufrimientos comparados con los tuyos, me quejo injustamente.

Nadie merece nada. El Señor es benévolo con nosotros. Su bondad infinita, perdonándonos, nos colma de bienes.

VIDA CON JESÚS

Bien sabéis, queridas hijas, que cuando nació Nuestro Señor, según nos dice la Escritura, los pastores oyeron cantos angélicos y divinos de los espíritus celestiales. La Virgen y San José, que estaban más cerca del Niño, no oyeron voz de ángeles ni vieron resplandores milagrosos, por lo menos nada nos dicen las Escrituras. Al contrario, en vez de cantos angélicos, oían llorar al Niño Jesús y veían, a la luz de una débil lámpara, sus ojos inundados de lágrimas, sumergido en llantos y temblores de frío. Os pregunto: ¿No habrías preferido hallaros en el establo oscuro y lleno de vagidos del Niño, en vez de estar entre los jubilosos pastores gozando de las melodías y bellezas del admirable resplandor? Sí, ciertamente.

También hubierais exclamado con San Pedro: Es maravilloso estar aquí. Actualmente, vosotras os encontráis acompañando a Jesús que tiritita de frío en Belén, os digo más, no os halláis en el Tabor con San Pedro, sino en el Calvario con las Marías, donde no veis más que muertos, clavos, espinas, miserias, cerradas tinieblas, exasperantes abandonos. Sí, amad la Cuna del Niño, pero amad el Calvario del Dios Crucificado entre tinieblas. Apretujaos a Él, estad seguras de que Jesús se halla en vuestros corazones más de cuanto pensáis e imagináis.

Os digo además que améis vuestra pobreza, siendo humildes, afables, estando serenas, confiando en vuestra humilde poquedad. Si a pesar de todo no os rebeláis ni os angustiáis, sino que permanecéis sumergidas en vuestra humildad, comportándoos de

esta manera, amáis vuestra pobreza, pues, ¿qué es ser abyecto sino ser ignorado y pobre? Amaos por amor a Aquel que así os quiere, así amaréis vuestra pobreza y nulidad. Además, hay alguna diferencia entre la virtud de la humildad y la pobreza, pues la humildad es el reconocimiento de la propia pobreza. Ahora bien, el sumo grado de humildad consiste no sólo en reconocer la propia pobreza, sino en amarla. A esto os exhorto. Para que, respecto a este punto de capital importancia, quede todo bien claro, me explicaré con ejemplos. Entre los males que padecemos, muchos son repulsivos con otros honrosos; muchos se acostumbran a éstos, pocos a aquellos. Viendo, por ejemplo, a un Capuchino, pobremente vestido y tiritando de frío, todos lo admiran, veneran su hábito y se conmueven. Viendo a un trabajador, un pobre escolar, una viuda, también pobremente vestidos y necesitados, todos se burlan y desprecian su pobreza. Un religioso soporta pacientemente al superior que le corrige. Todos dirán que es mortificado y obediente. Un seglar soportará con espíritu sobrenatural los avisos de su superior, y su actitud, para los demás, será cobardía. He aquí una verdad rechazada, un sufrimiento despreciado.

Hay dos que sufren de cáncer. El uno en el brazo, el otro en el rostro. El que lo esconde, no sufre más que su mal; el que no puede ocultarlo, junto con el dolor, sufre el desprecio. Más aún, existen virtudes recusables y virtudes honrosas. Comúnmente la paciencia, la dulzura, la mortificación, la sencillez son consideradas por los seglares, virtudes recusables. Dar limosna, ser corteses y prudentes, son virtudes honrosas. Dar limosna y perdonar las injurias nacen de la caridad; la primera es honrosa, la segunda despreciable a los ojos del mundo. Vivo en comunidad y estoy enfermo, indudablemente molesto a algunos, he aquí un algo despreciable unido al mal. Creo haberme explicado.

Prestad atención a lo que os voy a decir. Aunque amemos el desprecio que procede del mal, no hay que descuidar remediarlo. Me explico. Me esforzaré al máximo para evitar el cáncer, pero si lo tengo, amaré el desprecio que por él pueda sobrevenirme. Esta norma vale sobre todo tratándose del pecado. Me he equivocado en esto y aquello. Me disgusta. No obstante, de buena gana abrazaría el desprecio consiguiente y, si pudiese separar el desprecio del pecado, escogería aquel y me despojaría de éste. Al respecto, hay que estar atentos: alguna vez, la caridad, para no escandalizar al prójimo, puede exigirnos

encubrir el objeto del desprecio. He preferido, dice el Rey profeta, ser objeto en la casa de Dios a habitar en las mansiones de los pecadores. Mientras tanto, estoy seguro, deseáis saber cuáles son los mejores desprecios. Son los que no se eligen. Los que no son más abominables. Los que no nos atraen en absoluto. Hablando con claridad, los que provienen de nuestra vocación o profesión. ¿Quién me concederá la gracia, queridas hijas mías, de amar mi miseria? Nadie sino Aquel que amó la suya tanto que murió para conservarla. Esto baste.

Resignaos, amadísimas hijas, en las manos del Señor y entregadle toda vuestra vida, implorando que Él la emplee según su beneplácito divino. No acongojéis vuestro corazón prometiéndoois inútilmente tranquilidad, dulzuras y méritos. Presentaos a vuestro Divino Esposo vacías de cualquier otro afecto, suplicándole os lo llene del Suyo. De este modo vuestros corazones, cual madreperla, no aceptarán más que rocíos del cielo y no aguas del mundo. Veréis cómo os ayuda Dios, tanto en el decidir como en el obrar.

Camina siempre bajo la mirada del Buen Pastor y evitarás pastizales envenenados.

Hija mía, Jesús sea siempre el centro de nuestras aspiraciones, nos consuele en las tristezas, nos sostenga con su gracia, ilumine nuestra mente e inflame nuestro corazón de amor divino.

Esta es, en síntesis, mi asidua plegaria por ti y por mí ante Jesús. Él, con su infinita bondad, se digne escucharla y atenderla.

Jesús conforta siempre al que confía y espera en Él.

Jesús y tú, de mutuo acuerdo, tenéis que cultivar la viña.

Tú debes quitar y transportar las piedras, arrancar las espinas. Jesús sembrará, plantará, cultivará, regará. También en tu trabajo colabora Jesús. Sin Él nada podrías hacer.

LA VERDAD (DIOS-VERDAD)

Busca continuamente la verdad y esfuérzate por conseguir el sumo bien.

Sé dócil a los impulsos de la gracia, siguiendo sus inspiraciones. No te maravilles de encontrarme en tu doctrina.

No te maravilles de encontrarme en tu senda. Mi misión es consolar y aconsejar a los afligidos, especialmente a los afligidos de espíritu. Sé que tú te

afanas por dos cosas: por la felicidad y por la verdad, por Dios. No hallarás la felicidad que buscas, ni tú ni nadie: vivimos en un valle de lágrimas donde cada uno lleva su Cruz. No encontraremos la felicidad aquí en la tierra.

En cuanto a la verdad, a Dios, si quieres, puedes encontrarlo, pero te has encaminado equivocadamente. La ciencia no te puede revelar a Aquel que es.

La ciencia, hijo mío, por profunda que sea, siempre es algo limitado, es una nulidad ante el formidable misterio de la Divinidad.

Debes elegir otros senderos. ¡Limpia tu corazón de toda pasión terrena, humíllate en el polvo y reza!

Sin duda así encontrarás a Dios. Te tranquilizará, te inundará de su paz en esta vida y de gozos sin fin en la eterna.

Decir la verdad, siempre la verdad.

ASEMEJARSE A JESÚS HOMBRE-DIOS

Tened siempre presente al Seráfico Padre San Francisco, que tan magníficamente supo copiar en sí al Hombre-Dios.

Todas las almas que aman a Jesús deben ir pareciéndose cada vez más al divino y eterno modelo.

Por tanto, quien haya elegido tan óptimo modelo, debe sufrir, más o menos, todos los dolores de Cristo.

Bienaventurados quienes hayan logrado más parecido con su divino prototipo.

LA FE

El Credo más hermoso es el que florece en tus labios en los momentos más negros, más sacrificados, más dolorosos, en los que continúa animándote una infalible voluntad de superación. Es el Credo que, cual relámpago, disipa las tinieblas de tu alma, el que, en lo más recio de la tempestad, te eleva y conduce a Dios.

Procurad aunar en vosotros la simplicidad de los niños y la prudencia de los adultos.

LA SIMPLICIDAD

Sé fiel a Dios cumpliendo las promesas hechas. No te preocupes aunque te motejen los necios.

LA JUSTICIA

Procura que el triste espectáculo de la injusticia humana no turbe tu alma. La injusticia, globalmente considerada, también tiene su valor. Sobre ella verás

surgir un día el triunfo infalible de la justicia divina.

LA FIDELIDAD

Sé fiel a Dios cumpliendo las promesas hechas. No te preocupes aunque te motejen los necios.

Los Santos, no lo olvides, han despreciado siempre el mundo y a los mundanos, y han pisoteado sus ridículas máximas.

EL TEMOR

Lo que proviene de Dios comienza con un temor saludable y acaba tranquilizando nuestro espíritu.

Ignorar si ante Dios sois dignas de amor o de odio es una pena, no un castigo, pues nadie teme ser indigno cuando realmente desea serlo y ya lo es. Por otra parte, tal incertidumbre nos viene de Dios para que no nos enorgullezamos y seamos cautos de cara a la eternidad. A vosotras, especialmente, os las envía el Señor para que en el dolor encontréis la Cruz y los méritos consiguientes. Si confiaseis en vosotras mismas y siempre en la predilección divina, no continuaríais sufriendo. ¿Qué pena y qué mérito cabría ya en vuestras almas con tal persuasión?

Incluso los dolores más crueles se volverían rosas. A vosotras os debe confortar la autoridad del que os dirige: No os interese ver claro por vosotras mismas. No es necesario. Basta que vea claro el que os dirige y cuida de vuestras almas.

Ateneos a lo que Él os dice. No hay más que creer doblegando nuestro espíritu. También los mártires creían sufriendo. El Credo más hermoso es el que florece en vuestros labios en los momentos más negros, más sacrificados, más dolorosos.

El amor y el temor tienen que ir juntos. Son inseparables. El temor sin amor degenera en violencia. El amor sin temor, en presunción. El amor sin temor corre como caballo desbocado. No sabe a dónde se dirige.

No debemos confundir nuestra indignidad potencial, lo que seríamos y en lo que podríamos caer sin asistirnos la gracia, con nuestra indignidad actual. Nuestra indignidad potencial nos hace criaturas amables a los ojos de Dios. La actual, desde el momento que es el reflejo de la iniquidad presente actualmente en el alma, en la conciencia, nos hace reprobables. En las tinieblas que frecuentemente os envuelven, las confundís y, conociendo lo que podríais ser, teméis lo que, en vuestro caso, no pasa de ser una mera posibilidad.

EL DEBER

El deber ante todo. Antes la obligación que la devoción. Usad cristianamente vuestras riquezas. Desaparecerá mucha miseria. Muchos enfermos y agobiados encontrarán alivio.

LA OBEDIENCIA

Obedeced prontamente. No os importe la edad ni la santidad del superior. Para lograr obedecer, imaginad que obedecéis a Nuestro Señor.

Nuestro cuerpo es un jumentillo. Tenemos que apalearlo, pero no demasiado, pues lo baldaríamos y no podría continuar llevándonos.

Donde no hay obediencia, no hay virtud.

Donde no hay virtud, no hay bondad.

Donde no hay bondad, no hay amor.

Donde no hay amor, no está Dios.

Donde no está Dios, no hay Paraíso.

EL ORGULLO

El amor propio es hijo de la soberbia y más malicioso que su madre.

¿Has visto alguna vez un campo de trigo ya sazonado? Habrás observado que hay espigas tiesas y lozanas, otras inclinadas. Escoge alguna de las más tiesas, de las más vanidosas: están vacías. Elige alguna entre las inclinadas, entre las humildes: están bien granadas. La vanidad es vacuidad absoluta.

Los "porqués" han arruinado el mundo.

El hombre es tan soberbio que, teniendo medios y salud, cree ser Dios, incluso superior a Él. Cuando, por cualquier razón, se encuentra ante su nulidad, solamente entonces se acuerda de que existe un Ser Supremo.

La humildad es verdad, la verdad humildad.

LA PACIENCIA

Desechemos, si verdaderamente queremos llegar al cielo, toda inquietud y angustia ante las tribulaciones espirituales o temporales de cualquier parte que provengan, pues el desasosiego contraría la acción del Espíritu Santo en nuestras almas. Tengamos siempre presente lo que nos advirtió Jesús: Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.

Cuanto más limpia esté de angustias e inquietudes, tanto más perfecta será la paciencia. Si Dios quiere prolongar el tiempo de prueba, no os quejéis ni investiguéis el porqué.

"No perdemos la paciencia, si en lo más agudo del

dolor, cuando éste se hace insoportable y superior a nuestras fuerzas, le pedimos al Señor que nos libre de él. Ni se pierde el mérito del sufrimiento que se ofrece, pidiendo esto a Dios".

"Siendo pacientes, no sólo nos encontraremos a nosotros mismos, sino también nuestra alma, y en ella a Dios".

EL DESAPEGU

Quien se apega a la tierra, a ella permanece pegado. Debemos arrancarnos de ella por la fuerza. Mejor es despegarse poco a poco que de un tirón. Anhelemos constantemente al cielo.

Jesús ha puesto en el cielo una piedra preciosa para que, con su deslumbradora luz, disipe las posibles tinieblas.

Al Señor no le importa el pasado. Le importa el presente reparador y sumamente vigilante.

RECONOCE Y AMA TU VOCACIÓN COMO LA MÁS HERMOSA

Deja que los demás sigan la vocación que les ha indicado la Providencia.

Tú, preocúpate de ti misma y sígueme por el sendero más hermoso.

Quiera Dios conservaros siempre en su santo amor y haceros ascender a la más alta cima de la perfección cristiana.

Espero, mis queridas hijas de Jesús, que con la gracia divina os atengáis a cuanto os he dicho y escrito.

Tended siempre a Dios. Soy, en Él, más vuestro de lo que podéis creer. El dulce Jesús descansa siempre en vuestro corazón y Él os permita descansar también a sus pies. Jesús sea vuestra fuerza.

EL LLEVÓ LOS ESTIGMAS

...Reales y visibles heridas de la crucifixión. Él fue conocido por su capacidad de ubicuidad: habilidad de estar en dos lugares al mismo tiempo. Sus carismas fueron numerosos, y fuera de lo común, lo que hizo rápidamente al Padre Pío objeto del interés mundial. No obstante sus maravillosas habilidades los milagros más notorios sucedieron en el confesionario.

Cientos de miles de peregrinos esperaban turno en el confesionario del Padre Pío. Muchas veces no fue raro para estas personas esperar un período de 15 a 20 días para que sus confesiones fueran escuchadas. Esto sucedía porque él tenía el don especial de

penetrar y estimular la conciencia de sus penitentes, haciéndola resucitar y vivir en el amor y la gracia de Dios. Sin embargo la razón por la cual él acogía a los pecadores, era para mostrarles el amor de Dios y su tierna compasión. Su vida sacerdotal estaba dedicada a la tarea de ganar almas para Dios.

Padre Pío contaba con una personalidad enriquecida por el don del Espíritu Santo, con una gran espiritualidad contemporánea. "El Apóstol del confesionario", ha dejado un importante mensaje al mundo actual. Su vida y escritos nos revelan los valores necesarios a los cuales todos los cristianos deberíamos estar ligados. De su vida ejemplar y su inclinación a la plegaria, nosotros deberíamos aprender a vivir una vida espiritual profunda de humildad y arrepentimiento.

LA HISTORIA DETRÁS DE ESTA PUBLICACIÓN (PEQUEÑO LIBRO)

La gente me pregunta constantemente por qué regalo tantos libritos, y decidí que era mejor dar una explicación por escrito. En 1956, yo estaba estacionado en Alemania, con el Ejército de los Estados Unidos. De ahí, me separé de mi unidad para pasar un tiempo con mi familia en Italia.

Fue durante este tiempo que pasé en Italia, que viajé a ver al Padre Pío. Estuve por allá once días, de los cuales cada minuto fue como una bendición para mí. Allí compre varios libros en una tienda cerca de su iglesia. Uno de ellos, es el que estoy imprimiendo ahora.

En 1957 regresé a los Estados Unidos y compraba el librito, que me enviaban por correo desde San

Giovanni, para regalárselo a la gente. Sólo podía costear unos cientos cada vez, ya que mis finanzas no estaban muy bien. A penas tuve suficiente dinero para el viaje de regreso a América.

Ya para el año 1962, mi situación económica había mejorado. Mandé construir un edificio de dos pisos, con un taller en la planta baja, y dos dormitorios en la alta. Me iba muy bien, trabajando de plomero por mi cuenta, con un asistente. Ese mismo año, y gracias a tantas influencias espirituales en mi vida, convertí mi taller en una casa para niños minusválidos y abandonados por sus padres y amigos. La nombré "Casa Padre Pío". Ya para el 1971, todos los residentes de "Casa Padre Pío" vivían por su cuenta y eran completamente independientes.

En 1992, ayudé a un amigo a poner una prensa de periódicos. A cambio de mi ayuda gratuita, aprendí un poco sobre impresión y sus máquinas. Para el 1994, ya había preparado un pequeño taller de imprenta en mi casa, donde puedo reproducir aproximadamente 40,000 libritos por mes.

¿Por qué hago esto? Lo hago por Devoción al Padre Pío y como Acción de Gracias a mi Señor y mi hermosa Madre Celestial. Recordémosla con flores el día de las Madres.

No hablo Español, pero sí un poco de Inglés (aunque no lo leo ni escribo muy bien), y además hablo y escribo bien el Italiano. Lo único que imprimo es este librito.

Vincent Falco.